

# Casals, su Ejemplo y su Mensaje

por Sebastián Salazar Bondy

El nombre de Pablo Casals no hubiera rebasado seguramente, no obstante su magistral calidad de ejecutante, los límites de las informaciones artísticas y culturales de la prensa mundial, si la vida no lo hubiera colocado, en un instante decisivo de su edad y de la historia de su patria, España, en el vértice de una vital alternativa. Desde el momento en que este extraordinario músico debió abandonar, exilado, su tierra natal, su persona ha sido palpitante ilustración de la más tenaz resistencia contra el paroxismo dictatorial de nuestro tiempo. Encarnación del anhelo libertario de los pueblos sojuzgados bajo todos los pretextos —la grandeza nacional, la raza dominante, el progreso económico, etc.—, Casals ha vivido oponiendo su espíritu—y cuántos intonsos reirán de esta arma sin embargo terrible!— a todo aquello que representara la muerte para la libertad, para la cultura, para la dignidad individual y colectiva. Se negó, desde el momento culminante del poder nazi-fascista, a pulsar su instrumento en cualquier territorio en donde campeara el absolutismo, y refugiado en Prades, una aldea francesa vecina a su amada Cataluña, sólo tomó el arco de su violoncello para exigir la paz y la democracia. A ese rincón ha acudido el mundo periódicamente a buscar el ejemplo viviente del notable maestro

Por eso Thomas Mann, el

excepcional novelista germano, dijo de él y de su actitud: "¡Qué triunfo! ¡Qué satisfacción tranquilizadora! La raza humana, en su flaqueza, ha necesitado siempre de hombres que salven su honor. Este artista es uno de ellos, uno de aquellos



Casals

que vienen al rescate del honor de la humanidad. Me complace hacer constar que para mí, como para miles de otros, su existencia es una fuente de alegría". Alegría, eso es. Porque, aunque parezca mentira, el músico español no ha asumido esa frecuente "ira santa" que paradójicamente pide a voces sangre para acabar con la sangre. A la manera de Gandhi, a la violencia ha ante-

puesto una particular no-violencia, una resistencia pasiva optimista, saludable, generosa. Al celebrarse el décimo aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos, la Organización de las Naciones Unidas llamó a Pablo Casals para que, en la sala de sesiones de la magna asamblea universal, interpretara sus mejores páginas. Y fueron piezas, no elegiacas o amargas, no tenebrosas o desconsoladas, sino, al revés, llenas de esperanza, amor y fe en un porvenir mejor para la humanidad, las que sonaron en sus manos. La misma tesitura prevalece en el mensaje que el maestro acaba de redactar para ser difundido con su nombre en el orbe.

Dice ahí que, en estas horas nada es anterior al peligro de una conflagración mundial. Haciendo suya la voz de Schweitzer —otra enorme personalidad pacifista—, pide que la humanidad entera se una para solicitar a los gobernantes de las potencias en pugna que eviten por todos los medios al alcance, con toda clase de sacrificios, la catástrofe que amenaza. Destaca, para ello, la inutilidad de la guerra, su sinsentido y la urgencia de dotar a las Naciones Unidas de la más grande confianza en su gestión. "Démosles —dice— todo el poder para que actúe en nuestro beneficio". Y añade: "Y oremos fervientemente para que en el futuro cercano se dispersen las nubes que ahora oscurecen nuestros días". La música —piensa Casals— lenguaje universal por excelencia, será capaz de consolidar la conciencia de paz que habrá de obligar a los políticos a depurar la ambición y pensar con desprendimiento en el futuro del hombre sobre el planeta. "El Himno a la Alegría de la Novena Sinfonía —concluye— se ha convertido en un símbolo de amor. Y yo propongo que todo pueblo que tenga una orquesta y un coro la ejecuten en el mismo día, y que sea transmitida por radio a las comunidades más pequeñas y a todos los rincones del mundo, porque al ejecutarla parecerá otra oración, a través de la música, por la paz que todos deseamos y esperamos".

Mientras haya seres como Pablo Casals cabe decir que el mundo no está perdido. El, y unos cuantos como él, son ejemplos singulares de que el hombre es bueno, de que en su corazón alienta el bien y de que la obra humana más perfecta es la humanidad misma en la tierra y en el bienestar de todos para todos.